gano. Tratamos de marchar á cuatro pies, agarrándonos á las zarzas. De este modo, andando de rodillas, avanzamos un centenar de metros. Pero nuestras rodillas sangraban.

—No puedo más (dijo el Coronel). Ya vendrán por mí, si quieren. Durmamos.

Tuve aún ánimo bastante para incorporarme y gritar con todas las fuerzas que me quedaban. Algunos hombres que pasaban á gran distancia recogiendo heridos, me oyeron, acudieron y nos pusieron juntos en una camilla.

—Camarada (me dijo el Coronel durante el trayecto), la muerte no nos quiere. Le debo á V. la vida, pagaré esta deuda el día que V. me necesite.... Deme V. su mano.

Puse mi mano sobre la suya, y así llegamos á las ambulancias. Se habían encendido antorchas. Los cirujanos sajaban y cortaban, impasibles ante los alaridos espantosos de los heridos. Un olor desagradable se exhalaba de las ropas ensangrentadas, mientras las luces reflejaban en las jofainas, formando aguas de un color de rosa sombrío.

El Coronel soportó valerosamente la amputación del brazo; pero vi que sus labios palidecían y sus ojos se velaban. Cuando me llegó la vez, un cirujano me registró la espalda.

—Una bomba le ha herido á V. (me dijo); dos centímetros más abajo, y la espalda habría volado.

Solo la carne está lesionada.

Y como preguntase al ayudante que me vendaba si mi herida era grave.

—¡Grave! (respondió riendo); tres semanas de cama, y estará V. completamente curado.

Me volví hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Y vi, con los ojos del alma, á Babet y á mi tío Lázaro que me tendían los brazos. Habían terminado las luchas sangrientas de mi jornada de estío.

III.

Otoño.

Hacía cerca de quince años que me había casado con Babet en la pequeña iglesia de mi tío Lázaro.

A la muerte de los padres de mi mujer, habíamos comprado la alameda de robles y las praderas que se extienden á lo largo del río. Habíamos construido en este terreno una casa modesta, que pronto tuvimos que agrandar. No había año que no se aumentasen mis tierras con alguna heredad vecina, y nuestros graneros eran muy pequeños para el trigo que cogíamos.

Estos primeros quince años se deslizaron tranquilos y dichosos, y transcurrieron en medio de una serena alegría, no dejando en mí más que el vago recuerdo de una felicidad pacífica y continua. Mi tío

Lázaro había realizado su sueño, viniéndose á vivir con nosotros. Su mucha edad no le permitía leer el breviario por las mañanas. A veces echaba de menos su querida iglesia; pero se consolaba yendo á visitar al joven párroco que le había sustituído. Al rayar el alba, bajaba de la pequeña habitación donde dormía, y con frecuencia me acompañaba al campo, rejuveneciéndose al contacto del aire libre y al respirar el sano aroma de la campiña.

Sólo una cosa nos hacía suspirar á menudo. En la fecundidad que nos rodeaba, Babet permanecía estéril. Aunque fuésemos tres para amarnos, nos encontrábamos muy solos; habríamos querido tener sobre nuestras rodillas una cabecita rubia que nos hubiese atormentado y acariciado.

El tío Lázaro tenía un miedo terrible á morirse sin ser tío por segunda vez. Había vuelto á ser niño, y se quejaba de que Babet no le diese un compañero que jugase con él. El día en que mi mujer me confió, titubeando, que probablemente íbamos á ser cuatro se puso muy pálido, conteniéndose para no llorar. Nos abrazó, pensando ya en el bautizo, hablando del niño como si tuviese ya tres ó cuatro años de edad.

Y los meses pasaron en un recogimiento de ternura. Hablábamos entre nosotros muy bajito, esperando á alguien.

Yo no amaba ya á Babet; la adoraba con las manos juntas; la adoraba por dos: por ella y por el pequeño.

Habíamos pedido nuestra felicidad á nuestro querido valle. Era agricultor; el Durance, mi primera amante, se mostraba conmigo pródigo como buena madre; parecía complacerse en fecundar y enriquecer mis campos. Poco á poco, aplicando los nuevos métodos de cultivo, me convertí en uno de los propietarios más ricos del país.

Se acercaba el gran día. Había hecho venir de Gesnoble á una matrona, que no se apartaba ya de la granja. El tío pasaba terribles angustias; nada sabía de tales aventuras y llegó á decir que se había equivocado al cantar misa y que debía haber sido médico.

Una mañana de Septiembre, á eso de las seis, entré en la alcoba de mi querida Babet, que dormía aún; su rostro sonriente reposaba con tranquilidad en la funda blanca de la almohada. Me incliné, conteniendo la respiración. El cielo me colmaba de bienes. Pensé de pronto en aquel día de estío, cuando agonizaba entre el polvo, y sentí al mismo tiempo en torno mío el bienestar del trabajo, la paz de la felicidad. Mi excelente mujer dormía, encendido el semblante, en su cómodo lecho mientras la habitación entera me recordaba mis quince años de ternura.

Besé dulcemente á Babet en los labios. Abrió ella los ojos, y sonrióse sin hablar. Tenía vivísimos deseos de cogerla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón; mas, desde hacía algún tiempo, apenas me

atrevía á tomarle la mano; tan frágil y sagrada me parecía.

Me senté al borde del lecho, y en voz baja:

—¿Será hoy?—le pregunté.

—No, no lo creo—me contestó.—Soñaba que tenía un hijo; estaba ya muy crecido, y lucía pequeños bigotes negros. El tío Lázaro me decía ayer que tam bién él lo habia visto en sueños.

Me permití una broma de mal gusto.

—Conozco al niño mejor que tú (dije). Le veo todas las noches. Es una niña....

Y como Babet se volviese hacia la pared con ganas de llorar, comprendí la tontería que había cometido, y me apresuré á añadir:

—He dicho una niña, pero no estoy bien cierto. Le veo muy pequeño; iba con largo traje claro. Es seguramente un niño.

Babet me abrazó con agradecimiento.

—Ve á cuidar de la vendimia (proxiguió). Me siento bien por ahora.

—¿Me avisarás si hay alguna novedad?

—Sí. Estoy muy cansada. Voy á dormir un poco. ¿No me llamarás perezosa?

Babet cerró los ojos con languidez y ternura. Permanecí inclinado hacia ella, recibiendo en el rostro el tibio aliento de sus labios. Durmióse poco á poco, sin dejar de sonreir. Entonces desprendí mi mano de la suya con precauciones infinitas; trabajé durante

algunos minutos para salir airoso de esta empresa delicada. Después deposité en su frente un beso, que ella no sintió, y me retiré palpitante, con el corazón desbordando de amor. Al bajar encontré en el patio á mi tío Lázaro. Cuando me vió:

—¿Es para hoy?—dijo.

Hacía un mes que me dirigía todas las mañanas la misma pregunta.

—Parece que no (le respondí).—¿Viene V. conmigo á ver vendimiar?

Fué á buscar su bastón, y nos encaminamos al robledal. Cuando llegamos al extremo del paseo, á la terraza que dominaba el Durance, nos detuvimos contemplando el valle.

Se veían algunas nubecillas blancas en el pálido cielo. Los claros rayos de sol sembraban la campiña de polvos de oro; la vegetación se extendía por todas partes con el color de la madurez, no teniendo ya las luces ni las sombras mágicas del verano. Las hojas doraban con sus anchas placas la tierra negruzca. El río corría muy lento, como cansado de haber fecundado los campos un año más. Y el valle continuaba tranquilo y fuerte. Mostraba ya las primeras arrugas del invierno; pero su flanco conservaba el calor de los últimos alumbramientos; ostentando sus formas amplias, despojado del follaje lujurioso de la primavera, mas orgullosamente hermoso con esta segunda juventud de mujer que ha dado á luz

Mi tío Lázaro se quedó pensativo; después, volviéndose hacía mí:

¿Te acuerdas? (me dijo) Hace más de veinte años te traje aquí una clara mañana de primavera. Entonces te mostré el valle en plena actividad, preparando los frutos del otoño. Mira: el valle acaba de concluir otra vez su trabajo.

—Me acuerdo, querido tío (le respondí). Tenía mucho miedo aquel día; pero V. fué bueno y su lección convincente. Le debo á V. todas mis alegrías.

—Sí, estás en el otoño; has trabajado, y recoges. El hombre, hijo mío, ha sido creado á imagen de la tierra. Y, como la madre común, somos eternos; las hojas verdes renacen todos los años de las hojas secas. Yo renazco en tí y tú renaceras en tus hijos. Te digo esto, para que la vejez no te espante; para que sepas morir con tranquilidad, como muere esta vegetación, que volverá á brotar de sus propios gérmenes en la primavera próxima.

Oía á mi tío y pensaba en Babet, que dormía en su lecho, entre las cortinas blancas. La querida criatura iba á dar á luz, á semejanza del suelo poderoso á quien debíamos nuestra fortuna. Ella también estaba en el otoño; tenía la franca sonrisa, la amplitud serena del valle. Me parecía verla, bajo el claro sol, lánguida y cariñosa, gozando con generosa voluptuosidad en ser madre. Y ya no sabía si mi tío Lázaro me hablaba de mi querido valle ó de mi querida Babet.

Subimos lentamente la ladera. Allá abajo, á lo largo del Durance, estaban las praderas, semejantes á tapices de un verde subido; luego venían las tierras amarillentas, que cortaban de trecho en trecho, en calles anchas y espaciosas, los olivos grises y los enjutos almendros; al final, en lo más alto, se veían las viñas, las fuertes cepas, cuyos sarmientos se arrastraban por el suelo.

En el Mediodía de Francia se trata á la viña como á mala comadre, y no como á delicada señorita, según es costumbre en el Norte. Crece algo á la ventura, abandonada, en parte, á los caprichos de la lluvia y del sol. Las cepas, alineadas en largas filas, echan en torno suyo renuevos de un verde sombrío; en los intermedios se siembra trigo ó avena. Un viñedo se parece á una inmensa pieza de tela rayada, formada por la banda de los pámpanos y la faja amarilla del rastrojo.

Hombres y mujeres, agachados en las viñas, cortaban racimos de uvas, que arrojaban en seguida al fondo de grandes cestas. Íbamos muy despacio, mi tío y yo, á lo largo de los rastrojos. Al pasar, los vendimiadores volvían la cabeza y nos saludaban. Mi tío se detenía con frecuencia para conversar con los trabajadores de más edad.

—¡Eh, tío Andres! (decía.) ¿Está la uva madura? ¿Será bueno el vino de este año?

Y los campesinos, levantando sus brazos desnudos,

mostraban al sol grandes racimos de un negro de tinta, cuyos granos parecían reventar de jugo y de fuerza.

—Vea V., señor cura (gritaban): estos son pequeños; los hay que pesan muchas libras. Hace diez años que no había tan buena cosecha.

Después volvían á ocultarse entre las hojas. Sus chalecos obscuros manchaban de negro la ribera verde. Y las mujeres, con la cabeza desnuda, con un delgado pañuelo azul al cuello, se encorvaban, cantando. Los chiquillos rodaban por el suelo en medio del rastrojo, tomando el sol, alegrando con su turbulencia aquel taller al aire libre. A la orilla del campo, enormes carretas inmóviles esperaban la uva; destacábanse bajo el claro cielo, y los hombres iban y volvían, llevando los cestos llenos, trayéndolos vacíos.

Confieso que ante aquel espectáculo me asaltaron pensamientos de orgullo. Vi á la tierra producir bajo mis plantas; la vida madura y omnipotente corría por las venas de las cepas, y llenaba el aire con su aliento poderoso. La sangre ardiente golpeaba mis arterias; estaba como invadido por la fecundidad que se desbordaba del suelo y subía hasta mí. El trabajo de aquel pueblo de campesinos era obra mía: las viñas eran hijas mías; el campo entero mi familia, satisfecha y obediente. Experimentaba cierto placer en hundir mis pies en la fértil tierra.

Entonces abracé con una mirada los terrenos que descendían hasta la margen del Durance. ¡Todo era mío: viñedos, prados, rastrojos, olivares! La casa blanqueaba al lado del robledal. El río parecía una ancha franja de plata, colocada al filo del ancho manto de mis prados. Creí por un instante que crecía, que me agigantaba, que, extendiendo los brazos, iba á poder estrechar contra mi pecho la propiedad entera, árboles y praderas, casa y tierras labradas.

Y cuando miraba, vi á una sirviente de casa que subía el sendero á todo correr. Tropezaba en las piedras, agitaba los brazos, nos llamaba con ademanes descompuestos. Una emoción terrible se apoderó de mí.

—¡Tío, tío! (grité.) Vea V. cómo corre Margarita creo que es hoy al fin.

Mi tío Lázaro se puso pálido. La sirviente había llegado á la meseta; se dirigía á nosotros, saltando por encima de las cepas. Cuando estuvo delante de mí, le faltó el aliento; se ahogaba; se llevaba ambas manos al pecho.

—Hable V. (le dije), ¿Qué sucede?

Dió un gran suspiro; dejó caer los brazos, y al cabo pudo pronunciar esta sola palabra.

—La señora....

No esperé más.

—¡Venga V., venga V. pronto, tío Lázaro! ¡Ah, mi pobre y querida Babet!

Y bajé el sendero á escape, á riesgo de romperme los huesos. Los vendimiadores, que se habían puesto en pie, me miraban correr sonriéndose. El tío Lázaro, no pudiendo alcanzarme, agitaba su báculo con desesperación.

—¡Ah, Juan! (gritaba.) ¡Qué diablo; espérame! No quiero ser el último.

Pero yo no oía ya al tío Lázaro; seguía corriendo.

Llegué á la granja, jadeante, lleno de temor y de esperanza. Subí la escalera; llamé con el puño á la puerta de Babet, riendo, llorando, con la cabeza trastornada.

La matrona entreabrió la puerta para decirme, con tono de enojo que no hiciera tanto ruido. Me quedé desesperado y confuso.

—No puede V. entrar (añadió). Espere V. en el patio.

Y como yo no despegase mis labios:

—Todo va bien (continuó). Yo le llamaré á V.

La puerta se volvió á cerrar. Continué delante de ella, no resolviéndome á bajar. Oía á Babet quejarse con voz quebrantada. De pronto dió un grito desgarrador, que me atravesó como una bala que me hiriese en mitad del pecho. No sé cómo no eché abajo la puerta de un empujón. Para no ceder á este deseo, me tapé los oídos con las manos, y me precipité como un loco por la escalera.

Encontré en el patio á mi tío Lázaro, que llegaba

jadeante. El excelente hombre se vió obligado á sentarse en el brocal del pozo.

—Y bien (me preguntó): ¿dónde está el niño?

—No lo sé (respondí); se me ha despedido. Babet sufre y llora.

Nos miramos, no atreviéndonos á pronunciar más palabras.

Nos pusimos á escuchar con angustia; no separábamos los ojos de la ventana de Babet, tratando de ver algo á través de las cortinilla blancas. El tío, temblando, estaba inmóvil, con ambas manos apoyadas fuertemente en el bastón; yo, acometido de fiebre, me paseaba delante de él á grandes pasos. De vez en cuando cambiábamos sonrisas inquietas.

Las carretas de los vendimiadores llegaban una tras otra. Los cestos de uvas se colocaban junto á uno de los muros del patio, y algunos hombres, descalzos de pie y pierna, pisoteaban los racimos en madera de artesas. Las caballerías relinchaban, jugaban los carreteros y el vino en tanto caía con sordo ruido al fondo de las cubas. Olores acres se esparcían por el aire tibio.

Y yo seguía mi paseo, de un extremo á otro del patio, como embriagado por otros olores. Mi pobre cabeza estallaba; pensaba en Babet al ver correr la sangre de las uvas. Me decía con gozo puramente físico que mi hijo nacía en la época fecunda de la vendimia, en el ambiente aromatizado por el vino nuevo.

La impaciencia pudo más que yo; subí otra vez, pero no me atreví á llamar; apliqué el oído á la puerta, y llegaron hasta mí los lamentos de Babet, que sollozaba en voz baja. Entonces faltóme el valor, maldije el sufrimiento El tío Lázaro, que había subido silenciosamente detrás de mí, me volvió á llevar al patio. Quiso distraerme; me dijo que el vino sería excelente; pero hablaba sin atenderse á sí mismo Y á cada momento nos callábamos ambos, escuchando con ansiedad una queja más prolongada de Babet.

Poco á poco los gritos se dulcificaron; convirtiéndose en un murmullo doloroso, en queja de niño que se duerme llorando. Después reinó un silencio solemne. Este silencio causóme espanto terrible. Ahora que Babet no sollozaba, la casa me parecía vacía. Iba á subir, cuando la matrona abrió la ventana sin hacer ruido. Se inclinó, y llamándome con la mano:

—Suba V ,—me dijo.

Subí con lentitud, deteniéndome en cada escalón para saborear profundamente mi alegría. Mi tío Lázaro llamaba ya á la puerta, cuando aún no había pasado yo la mitad de la escalera: experimentaba una especie de placer extraño en retrasar el momento de abrazar á mi mujer.

Me detuve en el dintel; el corazón me latía violentamente. Mi tío estaba inclinado sobre la cuna. Babet, muy blanca, con los ojos cerrados, parecía dormir. Olvidé al niño; me fuí derecho á Babet, y cogí su

querida cabeza entre mis manos. El llanto no se había secado aún en sus mejillas, y sus labios, todavía temblorosos, se sonreían empapados en lágrimas. Levantó perezosamente los párpados. No me habló, pero oí que decía: «He sufrido mucho, mi querido Juan; ¡pero era tan feliz con sufrir! Te sentía en mí.»

Entonces me incliné; besé los ojos de Babet, bebí sus lágrimas, la miré con dulzura; se abandonaba á mí con cariñosa languidez. La fatiga la tenía postrada. Separó lentamente las manos de la cabeza, se me abrazó al cuello, y aproximó su boca á mi oído.

—Es un niño,—murmuró con voz débil y aire de triunfo.

Fueron estas las primeras palabras que pronunció después de la terrible crisis por que acababa de atravesar.

—Ya sabía yo sería un niño (siguió Babet); lo veía todas las noches.... Dámele, acuéstale á mi lado.

Me volví, y vi disputando á mi tío Lázaro y á la matrona. Esta última pasaba las fatigas del mundo para impedir al primero que cogiese al niño en brazos. Quería mecerlo.

Miré al niño, á quien había olvidado pensando en la madre. Estaba muy encarnado. Babet decía con convicción profunda que se parecía á mí; la matrona afirmaba que tenía los ojos de su madre; por mi parte, nada decía; mi emoción era muy grande; se me

saltaban las lágrimas; besé al pequeño, creyendo todavía abrazar á Babet.

Dejé al niño en el lecho; su continuo gritar sonaba en nuestros oídos como música deliciosa. Me senté en el borde de la cama; mi tío se arrellanó en un gran sillón, y Babet, cansada y serena, tapada hasta la barba, permaneció con los párpados levantados, los ojos sonrientes.

La ventana estaba abierta de par en par. El olor de la uva entraba con las tibias brisas de las siestas del otoño. Se oían las pisadas de los vendimiadores, las sacudidas de las carretas, los chasquidos de los látigos; de vez en cuando resonaban las notas agudas de una criada que atravesaba el patio cantando. Todos estos ruidos se suavizaban en la serenidad de la habitación, aún conmovida con los sollozos de Babet. Y la ventana cortaba en pleno cielo y en plena campiña un ancho cuadro del paisaje. Veíamos la alameda de robles en toda su longitud; después, el Durance, como una cinta de seda blanca, deslizandose por entre el oro y la púrpura del follaje; y como sirviendo de marco, un cielo pálido rosa y azul en cuyas límpidas profundidades se perdía la mirada.

Gozando de la calma de horizonte, aspirando las emanaciones del hogar. rodeado de las alegrías del trabajo y del alumbramiento, conversábamos los tres, Babet, el tío Lázaro y yo, mirando al querido recién nacido.

—Tío Lázaro (decía Babet); ¿qué nombre pondremos al niño?

—La madre de Juan se llamaba Jacoba (respondió el tio); yo llamaría al niño Jacobo.

—Jacobo... Jacobo.. (repitió Babet.) Sí, es un nombre muy bonito. Y dígame V.: ¿qué haremos de este hombrecito? ¿un cura ó un soldado? ¿Un señor ó un aldeano?

Me eché á reir.

—Tenemos tiempo de pensar en eso,—dije

—No lo creas (repuso Babet casi enojada); crecerá muy pronto. Mira qué robusto es. Sus ojos hablan ya.

Mi tío Lázaro pensaba absolutamente lo mismo que mi mujer. Añadió en tono grave.

—No hagáis de él un sacerdote ni un soldado, á menos que se trate de una vocación irresistible en el muchacho... Hacer de él un señor...., eso es mejor.

Babet me miraba ansiosa. Mi pobre mujer no tenía pizca de orgullo en lo que á ella se refería; pero, como todas las madres, hubiese querido estar con humildad y altivez á un mismo tiempo delante de su hijo. Hubiese jurado que le veía ya médico ó notario. La abracé, y la dije con dulzura.

—Desad que el niño viva en nuestro querido valle. Algún día encontrará á la orilla del Durance á otra Babet de diez y seis años á quien dará de beber Acuérdate, amiga mía; debemos al campo nuestra

dicha; nuestro hijo será campesino como nosotros; feliz como nosotros.

Babet, muy conmovida, me abrazó á su vez. Miró por las ventanas, el follaje, el río, las praderas y el cielo; después, sonriente:

—Tienes razón, Juan (me dijo). Este rincón ha sido bueno para nosotros: lo será también para nuestro adorado Jacobo.... Tío Lázaro, V. será el padrino del labrador.

El tío Lázaro aprobó, moviendo la cabeza lenta y afectuosamente. Desde hacía un instante le estaba yo mirando, y veía que sus ojos se velaban, que sus labios palidecían. Tendido en la butaca, colocado frente por frente á la abierta ventana, había puesto las blancas manos sobre sus rodillas, y miraba fijamente al cielo, en actitud de extático recogimiento.

Me sentí muy inquieto.

—¿Sufre V., tío Lázaro? (le pregunté.) ¿Qué tiene V.?.... Responda por favor.

Levantó dulcemente una de sus manos como para rogarme que hablase más bajo; después la dejó caer y con voz débil:

—Me muero (dijo). A mi edad, la felicidad es mortal.... No hagáis ruido.... Me parece que mi carne ha perdido su gravedad; ya no siento ni piernas, ni brazos.

Babet, muy aterrada, se incorporó, mirando al

tío Lázaro. Yo me arrodillé á sus pies, mirándole con ansiedad: él se sonreía.

—No os asustéis (prosiguió). No experimento el más insignificante dolor; grata dulzura inunda todo mi ser; me parece que voy á dormirme con sueño justo y bueno..... La muerte me hiere de pronto, doy y gracias al cielo. ¡Ah, mi pobre Juan! He bajado muy aprisa el sendero; el niño me ha producido demasiada alegría.

Y como todos lo comprendiéramos, como estalláramos en sollozos, el tío Lázaro continuó, sin dejar de mirar al cielo.

—No turbéis mi alegría, os lo suplico. ¡Si supiérais cuán feliz soy con dormirme para siempre en esta butaca! Nunca me había atrevido á soñar muerte tan dulce. Todo lo que amo está á mi lado. ¡Ved qué cielo tan azul! Dios me envía una buena noche.

El sol se ocultaba detrás del robledal. Sus rayos oblicuos se deslizaban como lenguas de oro sobre las hojas de los árboles, que tomaban reflejos cobrizos.

A lo lejos, perdíase la verde campiña con vaga serenidad. El tío Lázaro se debilitaba por momentos en brazos de aquel silencio solemne, de aquellas ráfagas del sol poniente que entraban por la abierta ventana. Se extinguía con lentitud, como los fulgores ligeros que palidecen en las altas ramas.

—¡Ah! Mi buen valle (murmuró); me despides con

ternura.... Tenía miedo de morir en el invierno, cuando estuvieses yermo y frío.

Conteníamos nuestras lágrimas; no queríamos turbar aquella muerte tan santa. Babetoraba en voz baja.

El niño seguía dando pequeños gritos.

Mi tío Lázaro, en medio de su agonía, oyó estos gritos. Trató de volverse hacia Babet, y, sonriéndose siempre:

—He visto al niño (dijo); muero feliz.

Después miró al cielo pálido, á la blanca campiña é inclinando la cabeza, exhaló un débil suspiro.

Ningún estremecimiento sacudió el cuerpo del tío Lázaro; entró en la muerte como se entra en el ensño.

Se había apoderado de nosotros un sentimiento tan dulce, que permanecimos mudos, sin derramar una lágrima. Sólo experimentábamos una tristeza serena enfrente de tanta sencillez. El crepúsculo avanzaba, los adioses del tío Lázaro nos dejaban confiados, como los adioses del sol que muere por la tarde para renacer al otro día.

Tal fué mi jornada de otoño, que me dió un hijo y arrebató á mi tio Lázaro en la paz del crepúsculo.

IV.

Invierno.

Enero tiene días siniestros que hielan el corazón. Al despertar aquella mañana fuí presa de vaga inquietud. El deshielo había empezado durante la noche, y cuando, desde el dintel de la puerta, miré al campo, se me apareció éste como inmenso harapo de color gris sucio, manchado de lodo, agujereado por algunas partes.

Densa cortina de nieblas ocultaba el horizonte. En medio de ella, erguían los robles del paseo sus negros brazos, semejantes á una fila de espectros que guardasen el abismo de vapor que se habría detrás de ellos. Las tierras estaban removidas y cubiertas de charcos, en torno de los cuales se veían montones de nieve que habían perdido su blancura. A lo lejos se oía la gran voz del Durance.

El invierno respira vigor sano cuando el cielo está claro y la tierra dura. El aire pincha las orejas, se camina alegremente por los senderos; el hielo resuena bajo los pies con rumores argentinos. Los campos se extienden, claros y limpios, blancos con la